



Lengua por venir / Langue à venir
Seminario de Barcelona

Hélène Cixous y Jacques Derrida

Marta Segarra (ed.)

Barcelona, Icaria, 2004

Barcelona, Destino, 2005

Escribir lo dicho para volverlo a pensar. Transcribir lo hablado para preservar, a través de la palabra escrita, el viento del pensamiento que siempre corre por entre medio de la voz. Preservar la vida de lo tentativo, cuando se habla, para impedir que la escritura lo pierda. Dejar, entre las palabras escritas, el aleteo de lo pensado en voz alta, aunque sea a costa de lo impreciso, de lo fragmentario o de lo inacabado. ¿No es éste, acaso, desde Platón, el reto con el que se las tiene, por encima de cualquier otro, la escritura? Y es que poner por escrito lo hablado tiene siempre, por fuerza, algo de violencia sobre la voz. Porque hay en el hablar, como decía María Zambrano, un soltar las palabras, “un desprenderse de ellas, que puede ser un ir desprendiéndose ellas de nosotros”. Hablar, pues, como una forma del desprenderse. De las palabras, claro. Pero también, quizás incluso antes, de nosotros mismos. De ahí, que poner, por escrito, lo hablado, abra siempre el reto de no inmovilizar ese desprenderse, ese dejarse ir. Y, sin embargo, cuando el reto se asume y no se pretende fijar la palabra, sino dejar pasar la voz, el resultado es deslumbrante. Como aquí. En estas palabras, voces ya lejanas, que Derrida y Cixous cruzaron en Barcelona en marzo de 2002.

Entonces, en ese marzo quizás ya demasiado lejano, el Centre Dona i Literatura de la Universidad de Barcelona reunió, en un seminario, a Hélène Cixous y Jacques Derrida. Para conversar. Para pensar juntos. Y juntos, junto a otros, en voz alta. Ahora, Marta Segarra ha editado, con un grandísimo acierto y preciso rigor, en el volumen *Lengua por venir*, las intervenciones orales de ambos, en la versión original francesa y en su traducción al castellano, punteadas con preguntas y cuestiones de los asistentes y dos introducciones, sobre Derrida y Cixous, a cargo, respectivamente de Cristina de Peretti y de la propia Marta Segarra. Y, hay que decirlo, por entre las palabras escritas corre un temporal de voz. Y, ahí, también, un temporal, otro, de pensamiento.

“Yo sin mí, pero no sin ti”, dijo Hélène Cixous, en voz alta, cuando volvió a Barcelona, ya sin Derrida, invitada por el mismo Centro, para rendir homenaje, con un manuscrito volante, al filósofo desaparecido.

¿Desaparecido? “Llevar la voz del amigo en una misma. Eso hago con él”. No, no desaparecido. No, mientras alguien, Hélène Cixous, lleve sus palabras. O nosotros con ella. Por eso, el seminario de marzo de 2002 se hace inmensamente presente en este volumen que recoge mucho de la vida, y mucho de la voz, de lo que corrió por ahí. Por entre medio de esas palabras que, ahora, nosotros podemos leer. Adivinando, detrás de lo escrito, por entre medio de lo escrito, ese mucho de voz, y de pensamiento, que entonces atravesó el aire como un fulgor.

¿Qué aporta este nuevo volumen a la bibliografía, ya tan generosa de por sí, de Derrida y Cixous? De entrada: matices importantes y esenciales, énfasis, aclaraciones en profundidad. Pero también: la vida del pensamiento y de la voz en directo –nada despreciable en dos escritores que han desatado el antagonismo de la voz frente a la palabra escrita (“hablamos de escritura, pero, personalmente, escribo de oído”, dice Cixous). Se cruzan por ahí muchos temas: la escritura y la identidad, claro, pero también el estilo, la pasividad, el monolingüismo y el poliglótismo, la alteridad, la teoría *queer* y la deconstrucción, el “efecto Bourbaki” y Blanchot. Y saltan, de pronto, comentarios acerca de esos múltiples orígenes perdidos (Cixous: “cuando era pequeña oía hablar español en la familia de mi abuela paterna en el tercer piso de nuestra casa”; Derrida: en Argelia “debí de oír hablar más a menudo el catalán que el castellano”), siempre vinculados a la experiencia de la lengua, de las lenguas.

Pero, entre todo lo hablado, una cuestión, vertiginosamente anunciada en el título del libro, cobra protagonismo: la *lengua por venir*. Esa lengua/escritura posible, que anuncian los textos de Cixous y Derrida, y sobre la que aquí hablan. Una lengua/escritura que anuncia una relación con lo otro y con el mundo y que suspende, interrumpe, la dominación (aunque es cierto, como señala Derrida, que “el peligro del dominio siempre está ahí”). Y, con todo, la lengua/escritura por venir que, en Cixous y Derrida, siempre se anuncia. Esa lengua, por venir, que, quizás, se mida por su distancia respecto a la lengua materna (Cixous: “Si me preguntaban o si me preguntaba a mí misma cuál era mi lengua materna, me costaba trabajo pensarlo”). Esa lengua, por venir, sobre la que se lanzan a hablar Cixous y Derrida, después de la interpelación, primera, de Marta Segarra: ¿habrá acaso una mirada-otra, una mirada-tacto, algo así como el tacto de la vista que pueda inaugurar una relación con lo otro una vez interrumpido el dominio?

Cixous, que ya había escrito sobre los velos y la ceguera, se vuelve aquí al corazón de la cuestión: ¿acaso no se escribe siempre para ver mejor? Aunque haya que escribir *ciego* (“Cegándose o de ceguera en ceguera se avanza hacia algo prometido”). En definitiva, escribiendo no para callarse, sino para oír otras voces, para hacer de la escritura propia la lengua de los otros excluidos por el monólogo: “escribimos inventando miradas”. Escribimos, pues, no tanto para ver como para inventar miradas que nos vean, mientras nos hablan en medio de nuestro hablar, cuando se calla para escuchar lo que hasta él se acerca. Sólo así, en el orden de la epifanía, lo

otro puede emerger. Sólo así el yo puede conocerse como un conjunto de “otros yoes”: no otros yoes que difieren del yo para multiplicarlo, sino esos yoes otros que desmontan la hegemonía de ese yo que ya se ha callado para permitir (epifanía) que lo otro emerja, en toda su diversidad, en una lengua/escritura que lo acoge. Escribir para ver cuando ver ya no es una estrategia de dominio, sino de hospitalidad.

Porque, como señala Derrida, en esa inmensa problemática abierta entre el ver y el tocar, “es el tacto quien tiene la última palabra”. Y no un tacto que coja, sino, también aquí un tacto que acoja: que se acerque (como la caricia levinasiana) a lo que no es aún, pero que la caricia, en su pasividad, inventa. Acaso, sugiere Derrida, dejando pasar el aire por la puerta abierta de Cixous, la escritura sea –pueda ser, si viene– uno de esos lugares –de esos pocos lugares– en los que la posibilidad de una “mirada-tacto” se dé algunas veces: pero una “mirada-tacto”, precisa, que renuncie a apropiarse, a dominar. Interrumpiendo –¿quizás definitivamente?– esa escritura/mirada/tacto que, todavía por venir, permita, ya, la emergencia, epifánica, de lo otro.

La conversación de Cixous y Derrida, es fácil adivinarlo, tiene todo el aire de una fiesta. A pesar, o quizás por ello, de anunciar, hacia el final de la conversación, el advenimiento (también todavía por venir) de un ver (una mirada, una escritura, un tacto) que sea experiencia del duelo. De esa pérdida vivida como un ejercicio, también ella, de hospitalidad, no de hostilidad. Ahí radica una de las grandezas de este texto, atravesado de voz: en sugerir que el futuro, la lengua por venir, se adivina por ahí. Por entre medio de ahí.

XAVIER ANTICH
Universitat de Girona